

Leer teatro

El placer artístico o estético es cada día menos buscado en el aislamiento. Y no ya en el aislamiento de la persona, sino en el de un país o una cultura.

Por Antonio Gala

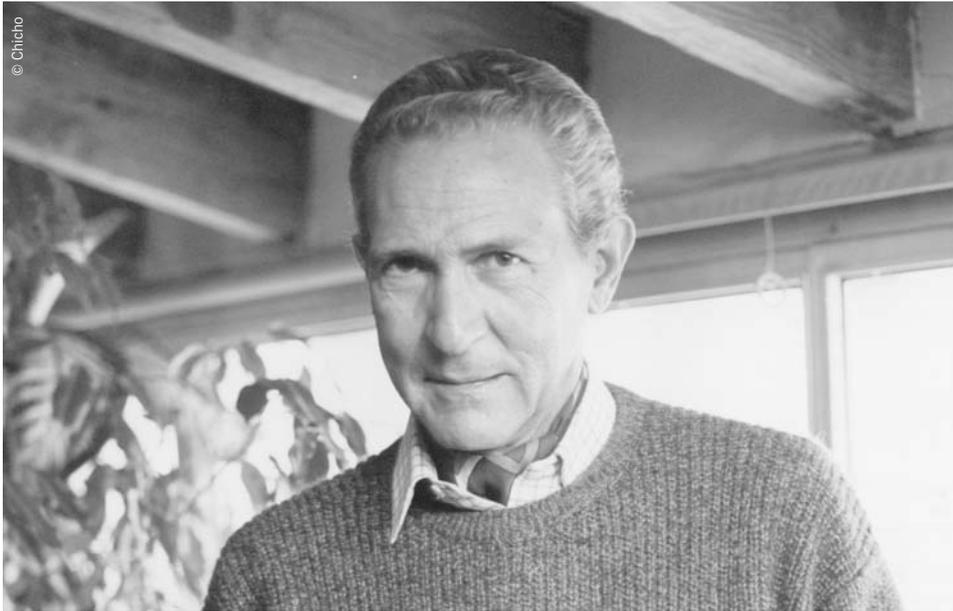
Si por algo se caracteriza a primera vista el Teatro es por ser un arte de participación y solidaridad; por referirse a una emoción viva y contagiosa, y apoyarse en ella; por ser sensible, acaso más que ninguna otra expresión artística, a la existencia o inexistencia de un auditorio: de un auditorio en libertad.

Pero el Teatro es, como la vida, multi-forme. Es susceptible de ser leído en el mayor o en el menor de los aislamientos: en un estudio recogido o entre las embestidas del metro. Así el lector se queda frente a los personajes: los reinventa o los recuerda, los viste, los escucha, los mezcla, los vaticina, los acompaña, los imagina y los adopta.

El Teatro verdadero, es decir, no el contingente, sino el necesario —el que expresa necesariamente la actitud de un pueblo ante la vida y la muerte, ante la pena y la alegría, ante el amor y la libertad—, ese Teatro es mucho más que un arte: es un hábitat cultural, la concreción más directa de la cultura colectiva. Porque la cultura —también como la vida misma— no es poseída por nosotros, sino que nos posee; no la tenemos, sino que ella nos tiene; es nuestro origen y nuestro proyecto, nuestra memoria y nuestra profecía. Cada uno de nosotros ha de aspirar a ser solo su vehículo transmisor, su cauce y su utensilio.

Los verdes campos del Edén, de Antonio Gala. Dirigida por Antonio Mercero. Teatro María Guerrero de Madrid, 2004.





Cuanto más obedientes, por tanto, más fieles le seremos; cuanto menos se nos perciba, más eficaces.

De ahí que el Teatro sea un gesto eterno, nacido con el hombre y congénito a él. Un gesto que consiste en fingir ser otro para acabar por ser más uno mismo y por serlo mejor. Un gesto que ayuda al autor, para quien es su voz y su razón de ser; al actor, para quien es su patria; al espectador, para quien es su espejo; al lector, para quien es la razón de una búsqueda y el ejercicio de un encuentro. Más que ninguna otra literatura, el Teatro pertenece a la vida de una comunidad, la significa. En realidad la comunidad lo escribe, lo representa, lo lee y lo usa. Cuando un pueblo se encuentra y se reencuentra en su Teatro, a solas o en compañía, tal Teatro será más tarde clásico; el que le sea impuesto desaparecerá.

El verdadero Teatro, al que aludía al principio, es solo el representativo de cuanto identifique a aquella sociedad a la que corresponde: el que recoja lo más hondo de su identidad, y lo transmita y lo refleje y lo desarrolle y lo depure. El Teatro verdadero no termina en la isla iluminada y mágica del escenario. No lo hace solo la gente del Teatro desde su isla brillante y desierta a la vez, donde —Robinsones perpetuos— pasan el tiempo acechando la huella de un pie humano en la arena. Una huella que solo puede dejarla el reconocimiento de la sociedad que en el Tea-

tro se contempla. El Teatro no es más que la arcilla en que esa huella se imprime, sin que le sea lícito traicionarla jamás.

Por tal razón, desde siempre, cada pueblo ha intentado manifestarse y purificarse y progresar en su Teatro. No solo en su forma de aparecer, sino en su forma de ser recibido. Yo de mí sé decir que, con frecuencia, una representación me ha decepcionado después de una lectura en la intimidad. Porque en esta se puede agregar toda la fantasmagoría, la luz, la imaginación, la colaboración que cualquier texto necesita de su destinatario, sea auditor o lector. Por tal razón, la múltiple riqueza del hombre —de sus sentimientos, de sus idiomas, de su Historia— ha exigido y exige una multiplicidad de formas teatrales.

El ademán característico de la libertad es el de abrir; no sé otra manera de recibir que abriéndose igual que se abre un libro. Uno de los caminos más fértiles de conocimiento —de un pueblo a sí mismo, y de unos pueblos a otros— es el Teatro y aún más el que se lee y sobre el que se medita. Y el conocimiento, a su vez, es el camino más recto hacia la comprensión, hacia el amor y hacia la paz entre los hombres. De ahí la importancia, imposible de exagerar, de invitar y fomentar la lectura del teatro. Y de ahí que nuestra responsabilidad de creadores o de aficionados sea la más exigente, pero también la más alegre y la más esperanzada. ■

Cuando un pueblo se encuentra y se reencuentra en su Teatro, a solas o en compañía, tal Teatro será más tarde clásico; el que le sea impuesto desaparecerá.
